

Literatura

Sostiene Montaigne que la naturaleza nos ha puesto en el mundo libres y desligados, pero que nosotros nos encarcelamos en algunos lugares. Como esta Barcelona que nos aburre soberanamente con su auto complacencia y su incapacidad de navegar entre las plagas de turistas que nos azotan.

A Sant Andreu llegan pocos turistas. No hay edificios de Gaudí ni falsas ruinas medievales, ni siquiera miradores con sabor a porro y botellón. Sant Andreu resiste como un barrio de la gente, como un pueblo adosado a la gran ciudad. Son más de cincuenta y dos mil habitantes en su casco antiguo. Sant Andreu mantiene su personalidad y sus más vecinos veteranos siempre hablan de que "bajan a Barcelona" cuando deciden adentrarse en lo que ellos consideran la ciudad.

Después de varias vueltas, me acodo a la barra del Racó de Sant Andreu, un bar frente a la estación de autobuses de Sant Andreu, al lado de la Meridiana. A mi lado, dos parroquianos, sentados en sendos taburetes, discuten sobre una compras o ventas de locales que hizo uno y el otro no. Pesco al vuelo este diálogo. Teatro del absurdo a un volumen considerable:

- Yo soy más pobre que tú. No he pillado un avión en mi vida.

- ¿En la mili tampoco te subiste a un avión?

- ¿En la mili?

- Yo no soy rico, como tú ya sabes.

Para Montaigne, el cuerpo importa tanto como el espíritu, jamás separa el uno del otro, y se cuida de no presentarnos su pensamiento de un modo abstracto. Por lo tanto, es particularmente importante, antes de escuchar a la gente, mirarlos, como los mira el chino que atiende el negocio. Los mira con cara de entender poco de esas conversaciones de barra de bar. ¿Qué pensará de esta costumbre local de la cerveza o el vermut previo a la comida? Su hijo saca la cabeza de debajo del mostrador, quedándole a la altura de la pata de jamón, cubierta por un trapo. Me gustaría ver al chino cortar ese jamón. Seguro lo hace igual de bien que la persona que le enseñó. Es igual que las bravas o los chipirones. Si en el bar de gallegos las hacían buenas, en el mismo bar, ahora regentado por chinos, serán buenas. Si eran malas, seguirán siéndolo. Los chinos copian con una exactitud a prueba de masterchefs.

Reconecto con el diálogo de esta suerte de Vladimir y Estragón de Nou Barris. Godot no está ni se le espera, pero los diálogos siguen:

- Cuando tires una piedra, mira donde va a caer.

Montaigne en Sant Andreu

Relato. Marc Caellas



ILUSTRACIÓN: MINERVA GARCÍA

- Ya sabes que me llevo bien contigo.

- Te has tirado una milonga que ni ocho cuartos.

- ¿Qué vamos a hacer?

- Tener cordura, que falta hace.

Ahora entra un hombre con tres barras de pan bajo el brazo. Compra tabaco en la máquina, colocada justo debajo de un televisor donde se discute sobre Soraya, Cuatrecasas o Puigdemont. Ahora entra una mujer cargada con dos maletas y varios bultos más. Pide un café americano con un poco de leche natural. Luego pregunta si puede conectar el teléfono al cargador del datáfono. El chino la mira sorprendido, pero accede. La mujer pide algo de comer, un croissant o algo, dice, y mientras espera que le sirvan mueve objetos de una maleta a otra. Su comportamiento es sospechoso, como el de casi todos. Todo depende de la mirada.

Constato que a menos de cien metros de este bar está la entrada del colegio donde estudió mi madre hace más de cincuenta años. En esa época la población del barrio no estaba tan envejecida como hoy. Me imagino este lugar, si es que ya existía en esa época, regentado por gallegos, emigrantes llegados a una ciudad que los recibía como buen puerto de acogida que solía ser Barcelona, un puerto para la gente y no para los cruceros. Los chinos deben haber llegado en avión. Cada día hay más bares gallegos regentados por chinos. En Buenos Aires los chinos se encargan de los supermercados, aquí en cambio prefieren los bares. A los chinos no los pierde la estética. Les da igual tener las cajas de cerveza vacías a la vista amontonadas sin ton ni son. Les da igual si se quedan sin recoger las tazas sucias del café con leche de una mesa. Ellos a lo suyo, mirando el móvil y hablando en chino entre ellos, naturalmente.

Montaigne escribió: "¡Miserable en mi opinión quien no tiene en su casa dónde estar solo, dónde rendirse pleitesía, dónde esconderse! El señor que se ha colocado a mi lado en la barra le cuenta al chino que, en su pueblo, allá por Castilla, sólo tenían una cuchara, y ila compartían!

Pago mi cerveza y me voy. Cruzo la Meridiana y entro a la panadería. Compro lo mismo cada miércoles: una de cuarto y dos croissants. Giro por la calle Velia y llego al portal donde vive mi abuela desde hace casi setenta años. Toco el timbre y espero. Alguna vez me asalta el doloroso pensamiento de nadie responda. Lo aparto rápidamente de mi mente mientras subo en el ascensor. Reconozco del olor de la verdura desde el rellano. Mi abuela me recibe sonriente, con sus lúcidos noventa y siete años a cuestas. Como escribió Montaigne, las arrugas del espíritu nos hacen más viejos que las de la cara.